

VII

EUGENIO D'ORS Y LA ARQUITECTURA

POR

LUIS MOYA

"Espíritus clásicos, puesto que el clasicismo consiste en la presencia, la victoria y la primacía de los elementos de unidad".

EUGENIO D'ORS

ESTAS PALABRAS de la "Teoría de los Estilos" son el autorretrato del autor, incluido en su obra como el de Velázquez en las "Meninas". Sirven de ayuda al discípulo que, todavía no acostumbrado a la pérdida del maestro, siente en este momento más deseo de tratar de la persona ausente que de sus teorías. Porque encuentra, en las palabras citadas, tanto el autorretrato como una imagen del "perfecto arquitecto", a ejemplo de las que gustaban trazar los teóricos del Renacimiento como Filiberto de l'Orme, y hasta una definición de la verdadera arquitectura.

Ya que no de edificios, fué Eugenio d'Ors arquitecto de ideas y de hechos, tanto como Sócrates fué partero de aquéllas y de éstos. El largo y constante trabajo de d'Ors, medio siglo de "Glosario", consistió en situarse en medio del mundo real, mundo de multiplicidad, variación, desorden, contradicción —del "pulular donoso de la historia", como dijo en célebre soneto—, aceptarlo tal como es, entendiéndolo con mente lúcida, comprendiéndolo en todo su alcance —"nadie sabe lo que puede haber en un minué", frase de Rameau que gustaba de repetir—. Hecho esto, ordenar todo, clasificarlo, ponerle una etiqueta a cada idea y a cada hecho, como se hace con las

plantas en el Jardín Botánico. Convertir la jungla salvaje que es nuestro mundo, no en el desierto a que aspiraría un pesimista, sino en el orden vivo de un Jardín Botánico. ¿Y qué es hacer Arquitectura sino esto mismo? Porque consiste en recibir un programa que el futuro edificio ha de cumplir, programa sacado de la misma vida actual, de sus necesidades, sus gustos y hasta sus manías; un terreno, naturaleza más o menos transformada; unos materiales, también naturaleza más o menos manipulada; unos dineros y, sobre todo ello, unos obreros, hombres, otra vez la vida actual con su poder y sus limitaciones. El arquitecto ordena todo esto, lo clasifica y lo valora. Unas veces, el material deberá ceder ante la hábil mano del obrero; otras, ésta se someterá a las singulares cualidades de aquél. El dinero forzará a preferir tal solución, o el terreno aconsejará tal otra, pero, siempre, todo se ordenará hacia un fin, el cumplimiento del programa, objeto del edificio.

La experiencia nos dice que esto no puede hacerse con el método de la matemática. No es posible poner todos estos datos en una ecuación, que, al resolverla, nos dé como solución un edificio apto para la vida. Tal imposibilidad no viene de la demasiada complicación de tal ecuación. No sería esta complicación cosa importante ante medios como los cerebros electrónicos. Viene de que en arquitectura no basta el "principio de razón suficiente" que postula, y ahora son palabras de Eugenio d'Ors, "que nada acontece sin que haya una razón suficiente para ello; que todo efecto supone una causa que le precede".

Este principio es base de cualquier ecuación, pero, sigue el maestro, "ni siquiera en estricta mecánica, el rigor de tal principio es aplicable; cuanto menos en aquellas regiones del espíritu donde a las necesidades del determinismo suceden las inserciones azarasas de la libertad". No bastan a la arquitectura explicaciones "racionales". Deberán ser "inteligentes". No la máquina, sino el hombre,

ha de resolver el problema —no la ecuación, que ni siquiera puede plantearse—. Al "principio de razón suficiente" sustituye el maestro su "principio de función exigida". A la máquina contrapone el orden, la finalidad, no el caos romántico que pudiera apetecer a quienes se complazcan ante esta aparente limitación del campo de la lógica. Al determinismo ciego de la matemática opone la voluntad, la inteligencia y la libertad del espíritu humano.

Mas no se ejerce esta libertad de un modo caprichoso, pues su campo de acción es una sociedad, un lugar y un tiempo determinados. En ellos se dan "constantes", esquemas perennes, no leyes mecánicas, que ordenan ideas y hechos de cada situación histórica. Así son los "eones", otro gran descubrimiento del maestro, que participan tanto de la cualidad de eternos como de la facultad de variar según el espacio y el tiempo. Nosotros, queramos o no, lo comprendamos o no, vivimos y pensamos según un "eón", el nuestro. Este "eón" dirige nuestros pasos en el camino hacia el orden, que es la obra del arquitecto. Con los mismos datos y el mismo sistema de pensar se llega hoy a resultados distintos, y aun opuestos, a los que se hubiera llegado en el siglo XVIII, porque "eones" diferentes nos hacen valorar de diferente modo los datos iniciales, las palabras del razonamiento y las etapas del camino.

Deseemos que nuestro "eón" sea, no el de lo barroco, el del romanticismo, teoría de la evolución, modernismo, dispersión, sino el de lo clásico, el de la geometría, tradición, orden, unidad, pues así hubiera placido a Eugenio d'Ors.